

CONCHA MELÉNDEZ: PUNTAL DE NUESTRA AMÉRICA

Resumen

Este artículo recoge aspectos de la fecunda vida de servicio intelectual y de reconocimiento continental de la escritora y maestra puertorriqueña Concha Meléndez. Cultivadora del género del ensayo y creyente firme de que Puerto Rico es ante todo parte de Hispanoamérica, dedicó su talento literario y su profesorado a acercarnos a la historia y a la literatura de esos países. Escribió quince libros excelentes dedicados a las letras de Puerto Rico y de la América hispana y asimismo recibió múltiples honores tanto en su propio país como en otros del hemisferio. En cuanto a su excelente magisterio, éste tuvo como aportación principal la fundación de la cátedra de Literatura Hispanoamericana lo que sentó las bases de un amplio legado intelectual de investigación.

Palabras clave: *Concha Meléndez, literatura puertorriqueña, literatura hispanoamericana, ensayo hispanoamericano*

Abstract

This article describes briefly the prolific life devoted to intellectual work and international recognition of the writer and professor Concha Meléndez. Author of essays proclaiming the values of the Spanish American literature (which includes the literature of Puerto Rico), professor Meléndez dedicated her talent to familiarize both her students and readers with the history and writings of Latin America. Her literary work consists of fifteen excellent texts for which she was honored in her native country as well as in many other places. Her professorship included, as one of her main contributions, the foundation of the division of Spanish American Literature, a source of further excellent research on this matter.

Key words: *Concha Meléndez, Puerto Rican literature, Spanish America literature, Spanish American essay*

Suelo buscar muchas veces en mi interior las imágenes de los vivos y de los ausentes que sembraron con buena mano en mi tierra, o como diría el portugués Saramago, los que más intensamente me enseñaron a vivir. Ese recuento de las imágenes queridas es necesario para volver por nosotros mismos y agradecer a la Vida los ríos tributarios que enriquecen nuestras costas día a día.

En esa oleada de mis figuraciones siempre despunta, irrevocable, la imagen de una diminuta mujer de quien aprendí (aprendimos muchos) unas verdades

luminosas que aún alientan e iluminan caminos. A esa puertorriqueña de luz la evoco hoy recorriendo la América nuestra con poca alforja y muchos sueños, mirando, indagando, a pie, como el viajero del poema, para detenerse, explorar y valorar cuanto la inteligencia le mostraba.

Qué alegría que esta semana le rindamos homenaje aquí, en su Universidad, en su Departamento de Estudios Hispánicos, a aquella viajera de nuestra América que recorrió caminos, leyó libros y se empapó de la dulzura y la amargura de esas tierras hermanas para venir a decirnos con firmeza, con alborozo, que nosotros, los puertorriqueños, somos hispanoamericanos. Esa fue su convicción, ésa fue su proclama. Por esta razón acepté la convocatoria, como la he aceptado otras veces, en otros lugares, para encarecer su nombre.

En esta parcela nuestra, pródiga en homenajes desafortunados, en esta isla mía y de ustedes, derrochadora de consagraciones a destiempo y generosa hasta la imprudencia, una celebración como ésta nos reivindica porque es como pisar en la tierra firme de la verdad. Decir el nombre de Concha Meléndez, divulgar su linaje intelectual nos salva buenamente de participar en algo que con frecuencia nos corroe como pueblo: la furia arrasadora del olvido.

Estamos aquí para decir la alabanza de una puertorriqueña que supo serlo, como pocos, con el instrumento bien templado de la palabra. Palabra para escribir y palabra para enseñar. Ya antes la alabaron otros. Lo hicieron innumerables e ilustres extranjeros sin reserva. Gabriela Mistral, por ejemplo, la chilena del mundo, escribiendo sobre ella hizo referencia a "su bello talento, su cultura, su crítica tan madura y definitiva". Y Alfonso Reyes, el insigne mejicano, no cesó nunca de elogiarla; en algún momento, al aludir a un libro de ella dijo: "Pocas veces he leído un libro de mayor probidad, de mayor lealtad en la exposición, de mayor intensidad en el análisis, de mayor equilibrio en las conclusiones". Y dijo mil cosas más, siempre admirado de su inteligencia y su arte de escribir. También la alabó el ecuatoriano Jorge Carrera Andrade, quien la llamó "uno de los más altos críticos de América". Y los españoles Ángel del Río y Ricardo Gullón. Y los dominicanos Max Henríquez Ureña y Juan Bosch. Y el argentino prestigioso Raimundo Lida. Y los cubanos ilustres Enrique José Varona, Cintio Vitier y Jorge Mañach y otros, y tantos... El caudal de elogios no cabe en pocas páginas ni en esta propuesta mínima de tiempo. El aplauso sin límite a su prestigio recorre como un vendaval las dilatadas avenidas de nuestra América. También unas mil cartas que se conservan pregonan la admiración que su obra despertó en la América nuestra y en la América ajena y asimismo, en cierto grado, en la Europa un poco nuestra y un poco ajena. Y desde luego, también germinó el respeto entre nosotros, sus compañeros de casa y de costumbre, de lucha y de esperanza. Siempre hubo hermanos de buena catadura, de mirada honda y corazón exacto, que supieron tasar con justeza la reserva fecunda que había en ella. No faltó, desde luego, qué triste decirlo, el compatriota de ojo torvo que, enconado por lo mucho que otros la aplaudieron, sangró por la herida de la malquerencia. Alguno llegó más lejos

y la acusó de atarearse tanto con la hermana Hispano América que se desentendió de lo nuestro. Afirmo hoy aquí lo que puede comprobarse con una ojeada superficial a su bibliografía. Es cierto que la obra de Concha Meléndez —quince libros de seriedad irrefutable— mira y examina los linderos de su América hispana, la nuestra, de Méjico a Chile, del Caribe a la Argentina, de Guatemala a Uruguay. Pero también es cierto, y hoy lo afirmo a viva voz, impulsado por el afán que en mí es fronterizo con la ira por lo injusto, de que se reconozca abiertamente la deuda que los puertorriqueños tenemos con el magisterio de esta adelantada de nuestra cultura. Hay que precisar que si examinamos debidamente sus escritos hallaremos que se interesó y estudió y escribió sobre unos cincuenta autores de Puerto Rico. A dos de ellos, José de Diego y Evaristo Ribera Chevremont, dedicó libros completos, como destinó todo un libro de certeros juicios a lo que llamó "el arte del cuento en Puerto Rico". Y unas decenas más de sus paisanos ocupan múltiples artículos y ensayos suyos en que analiza, valora y estimula a mayores y menores de la literatura nacional. Bueno es recalcarlo porque, como diría Rubén Darío a Unamuno ante un impropio de éste: "Hay que ser bueno y justo". Y se es justo y bueno también (en este caso) declarando y registrando lo que apuntala con firmeza la institución de la patria. Abogo aquí por el reconocimiento de esta mujer como uno de esos puntales de sólida consistencia sobre los que nos apoyamos para mirar limpiamente, sin que se empañe el catalejo, dónde se enclavan los linderos de nuestra hacienda intelectual.

Ya he dicho que Concha Meléndez se sirvió del instrumento de la palabra para escribir y para enseñar. Su oficio de escritora ocupa un mundo ancho pero no ajeno. Fue ante todo ensayista. Y desde el género del ensayo, hizo principalmente crítica literaria. Es menester, de paso, indicar que entre esa crítica recogida en sus quince libros descubrimos páginas fronterizas con la creación poética, como, por ejemplo, su imagen reflexiva de El Yunque y el Asomante, lo mismo que su evocación de los balcones de la ciudad de Lima. Y al margen del tema de la poesía, permítanme el paréntesis de una indiscreción. Como tantos escritores que no son poetas, Concha Meléndez cometió el peccadillo de escribir versos. Lo hizo en su juventud y ya nunca volvió a pecar. De esos versos renegó toda su vida con una ejemplaridad digna de ser imitada por algunos poetas que en el mundo han sido. Recuerdo su rostro severo cuando ante mi impertinencia de aludir a su poesía, me dijo con gravedad: "Ese es un tema que no me interesa discutir ni siquiera con un alumno tan querido como tú". Eso selló mi boca para siempre sobre el particular... Bueno, casi siempre, porque hoy —como han visto— he hecho una deshonrosa excepción.

He mencionado a la escritora, en particular a la cultivadora del ensayo, su medio, el camino para su palabra escrita. Por ese género transitó amplia y cómodamente y con él de instrumento nos habló de esa América que una vez y otra vez había recorrido en un peregrinaje delirante en busca de nuestra voz y de nuestra identidad. A lo largo de ese peregrinaje, sosegada y segura, fue

asentando su credo hispanoamericanista, y al término de su jornada, confirmó sin sombra de indecisión la verdadera índole de nuestro pueblo. Así lo vio, así lo pensó, así lo entendió y así nos lo dejó escrito en los libros que germinan de la savia de la América hispana. Conoció países, se impregnó de libros, frecuentó el trato de los escritores importantes, y a cada paso examinó con inteligencia y calor la entraña de los pensadores, los poetas y los narradores de las tierras que conquistaba su pisada. Por ello Méjico, Perú, Chile, Argentina y Colombia y tantos países más circulan en sus páginas bajo su examen cálido y esclarecido. Dedicó su atención a figuras ya establecidas en el continente nuestro, pero su mirada indagadora no pasa jamás por alto el talento que se espiga con promesa. Más de una vez una página suya inscribe y allana el reconocimiento merecido a quien da sus pasos iniciales en el mundillo creador. Lo hizo así con los del patio y lo hizo así con los de las tierras hermanas.

Su contacto con Méjico, por varias razones, es enriquecedor. Allí había sido la primera mujer en recibir el Doctorado en Letras en la Universidad Autónoma. Allí volvería después, ya en el apogeo de su renombre continental, a pronunciar un discurso en la Academia Mejicana de la Lengua, con lo que se convierte en la primera mujer a quien los académicos mejicanos invitan a hablar. Y a Méjico se aproxima varias veces a sondear su riquísima literatura. Le atrae, por ejemplo, el genio azteca de la monja prodigiosa Sor Juana Inés de la Cruz. Se detiene asimismo con un estudio esmerado en la persona mítica de Amado Nervo. Y ya en plena madurez intelectual escribe páginas encendidas de entusiasmo sobre uno de sus escritores preferidos, Alfonso Reyes. A él le dedica un magno estudio, uno de sus libros más certeros bajo el título de *Moradas en la poesía de Alfonso Reyes*. Y otros mejicanos y peruanos y argentinos y chilenos, las voces más altas de la poesía, el pensamiento y la narrativa, encuentran en ella atención, valoración rigurosa y juicios de agudeza ejemplar.

José Martí, uno de los hombres de su América, de la nuestra, tuvo en Concha Meléndez una lectora devota y una entusiasta tenaz. La oí afirmar, más de una vez, con una convicción doctrinal: "Yo soy martiana, entiéndase bien", y así lo convalidan algunas de sus mejores páginas.

Si de Alfonso Reyes admira su conocimiento, el talento al servicio del buen juicio y su asombrosa capacidad para establecer un fecundo equilibrio de la cultura, de Martí, por otra parte, le apasionan varias cosas, todas ellas capitales para Concha Meléndez; por ejemplo, su sentir hispanoamericano como una estrecha unidad moral y espiritual. La andanza de Martí por Méjico, Honduras, Guatemala, Venezuela, Santo Domingo y Costa Rica revalidan su pasión hispanoamericana y afirman en él su optimismo en el destino de nuestra América. Concha Meléndez, por ello, se apega a su pensamiento, que en buena medida le confiere una dimensión heroica a su propio ideario de hispanoamericanista. Martí también la seduce por su palabra viva, fuerte y tierna a la vez, así como su sabor arcaico e igualmente novedoso, pleno de luz y de sangre.

Porque es necesario en esta ocasión apuntar sólo lo esencial en este vistazo a los múltiples perfiles de esta escritora, me detengo solamente en otro de los autores en quien ella depositó mucho de su empeño y de su aliento. Me refiero a Pablo Neruda. Al mencionar a Neruda, el tercer gran apoyo de su triada intelectual, es indispensable señalar un hecho que en muy raras ocasiones se ha advertido. Una de esas ocasiones fue en un excelente artículo de la doctora Carmen Dolores Hernández en que observa que corresponde a Concha Meléndez el mérito de descubrir para el continente americano la poesía del chileno grandioso. Al efecto, la citada crítica de literatura recoge las palabras de otra puertorriqueña, la doctora María Solá, que había informado antes que en 1936, en la Revista Hispánica Moderna, aparece lo que ella califica "el primer estudio de conjunto" de la poesía de Neruda "que circuló internacionalmente". Esa avanzada prestigiosa, la de reparar por anticipado en la grandeza de Neruda y dedicarle una primera exploración a su poesía, incorpora a Concha Meléndez a la estirpe de los descubridores del solar de nuestra cultura americana. Otros parecidos hallazgos realizó ella con varios autores en Puerto Rico y en tierras continentales. Sería prolijo hacer inventario de nombres y de obras que no habían alcanzado difusión alguna o que apenas eran sólo un atisbo de una posible indole creadora. Su mirada de agudeza, su generosidad y sentido de justicia intelectual la llevaron siempre a aquilatar y a reconocer lo que en verdad era merecedor de estímulo. Desde luego que al trabajo inicial sobre Neruda siguieron otros hasta los años avanzados de su vejez. Fue entonces cuando su fervoroso acecho de la obra del poeta culmina con una conferencia dictada precisamente en una Fiesta de la Lengua de este Departamento en abril de 1972. El título de ese último estudio sobre el poeta es significativo: *Pablo Neruda: residente en la Tierra y Amador de América*. Con esa conferencia sobre Neruda, casi sin proponérselo, sintetiza en forma espléndida el legado de amor y de poesía que deja el poeta tanto a la tierra americana como al alma de quien acaso fue su lectora más apasionada.

Alfonso Reyes, José Martí, Pablo Neruda: tres fuentes a las que regresa Concha Meléndez porque le alumbran el camino con el esplendor y la fuerza de los verdaderamente iluminados. Y, desde luego, porque constituyen tres supremas manifestaciones —por distintos caminos— de la aportación de Hispanoamérica a lo mejor del espíritu humano.

Pero a la par van surgiendo de su palabra escrita nombres y temas que la entusiasman y en los que se detiene con el rigor y el método aprendido en su largo y acucioso transcurso de libros, reflexiones y ponderada valoración personal. No falta, pongamos por caso, en los estudios sobre la poesía americana, la cuota portentosa de la mujer. Unos pocos ejemplos de su interés bastan: la Sor Juana mejicana, la Gómez de Avellaneda cubana, la Storni argentina, la Mistral chilena, la Vaz Ferreira uruguaya. En cada expresión poética de estas mujeres se adentró hasta descubrir su singularidad, desnudar su pasión o su locura, o referir su soledad. Otro tanto hizo con los novelistas importantes de

los siglos 19 y 20, hasta el límite mismo de su vida. Escribió sobre los narradores significativos en la riada asombrosa del relato en el continente. Y no hubo frontera en su afán: ya en su retiro no cesó de leer con agudeza los nuevos novelistas y cuentistas que tuvieron a cargo el relevo que dejaron en sus manos los maestros de ayer. Recuerdo que al frecuentar yo su casa, muy avanzada ella en su vejez, me honró con el comentario de los autores que se habían quedado al margen de su magisterio y de sus escritos: García Márquez, Vargas Llosa, Cortázar y casi todos los demás. "Los leo, los estudio" —me decía— "para completar, mientras viva, el ciclo que enriqueció mi labor. Aunque no escriba, aunque no enseñe, me pongo al día para poder hablar con los que, como tú, quieren venir a escucharme". Esas palabras me remitían a aquellos versos finales de un poema de González Martínez: "Es como Ulises: hizo un bello viaje y lo cuenta al final de su destino".

Pero no deseo, en forma alguna, posponer más unas palabras sobre la maestra Concha Meléndez. Muy al principio dije que usó el instrumento de la palabra para escribir y para enseñar. Y aunque lo dicho sobre sus escritos, lo reconozco, se reduce a unos apuntes en torno a su vasto mundo de investigación, quiero de todos modos detenerme un poco (siempre ha de ser poco) en su otra dimensión memorable: su profesorado.

Mi generación universitaria y la inmediatamente anterior disfrutamos de los llamados años de oro de Estudios Hispánicos. Véase si hay o no razón para decirlo cuando el aula se prestigiaba, entre otros, con la presencia de Margot Arce, Concha Meléndez, Juan Ramón Jiménez, Ciro Alegría, Samuel Gili Laya, Rubén del Rosario, Manrique Cabrera y una decena más de aquí y de afuera, que a la hora del talento la excelencia llegaba por diversos cauces.

Concha Meléndez había creado la cátedra de Literatura Hispanoamericana en este Departamento que ya gozaba de prestigio internacional. Perteneciente a la fecunda generación del 30, que por caminos dispares y con el apoyo de la intelectualidad insular y foránea buscaba afanosamente la salida al dilema político-cultural nuestro, ella miró hacia la América nuestra y aprovechó sus viajes para conocerla bien.

A su regreso nos mostró su gloria y su desventura para avecinarnos mejor a los hermanos de raza y de cultura. Su magisterio, en buena medida, fue una consagración a los valores del hispanoamericanismo.

Me agrada sobremanera evocar a la maestra. Ya en ocasiones anteriores lo he hecho exclusivamente anteponiendo su presencia viva en el aula universitaria a su condición de escritora. Y quizás ello ha obedecido a que se me figura que, como en el caso de Margot Arce, sus escritos son, o anticipos o consecuencias, de un ministerio mayor: el oficio ejemplar de la enseñanza. La palabra despejada, directa, viva, con ánimo de comunicar humanamente fue en ambas intelectuales la culminación de sus personas. Quien no tuvo el privilegio de escuchar la viva voz en clase de Margot Arce y de Concha Meléndez se ha quedado desprovisto de una gozosa ocasión que la lectura de sus libros

—excelentes, sin duda— no podrán ya nunca reemplazar.

En una oportunidad en que se me hizo la encomienda de hablar sobre la maestra Concha Meléndez me permití comenzar ofreciendo una imagen de mi primer encuentro con ella. Hoy quiero compartir con ustedes aquella grata memoria del primer día, del primer curso —de bachillerato, desde luego— cuando ocurrió el contacto inicial con la que ya era una renombrada intelectual. Así la vi por primera vez, así la recuerdo aún, a más de medio siglo de distancia, así más o menos la describí en aquella ocasión en que hablé sobre ella.

Lo primero era la mínima silueta, casi niña. Al verla acercarse al salón de clase donde la esperábamos, me pareció diminuta, alzada sólo un poco para afirmar su presencia. Pero al allegarse más, no lucía frágil. Avanzaba con paso resuelto, segura la cabeza y firme el gesto, y ya no parecía tan menuda. La verdad es que sorprendía verla crecer de cerca, inesperadamente. Los ojos salían en seguida a nuestro encuentro: ojillos vivos, inquietos, de una luz proclamadora de inteligencia. Brillaban como al acecho de la idea, buscadores de la ruta iluminadora del conocimiento.

Y luego la voz. Con ella se confirmaba su presencia definitiva. Su voz era indudable y clara, tenaz y vigorosa. Vibró siempre potente, como habituada al señorío de la lección en aula grande o al discurso en la academia. No era suave ni blanda, pero tampoco áspera, sino de exacta afirmación de la palabra.

Siempre nos pareció a todos que detrás de aquella presencia de escasa elevación física pero de respetable distintivo intelectual, había un no sé qué, siempre instalado, de niña que no acababa de desaparecer: un candor, una inocencia imprevista frente a las cosas de andar por casa. Como si el entendimiento que brillaba en la academia no sofocase totalmente en ella una secreta vena juvenil.

Pero en la hora de la erudición, en la hora cumplidora del oficio de enseñar, surgía en su plenitud toda la envergadura doctoral. Desaparecía la vena juvenil y todo a su alrededor adquiría entonces la luz que difundía su palabra, y ya no era posible sino el dominio de la gravedad y la inteligencia. Hablaba, leía, explicaba como quien oficia con solemnidad, atenta y cuidadosa de ofrecer el dato exacto, con rigor en el examen y la búsqueda incansable de las vías que allanasen el camino del aprendizaje. Eso sí, igual que al escribir, aún en la expresión más razonada de discernimiento, la imaginación y la sensibilidad estaban presentes. No le conocí nunca el dictamen árido. Cada criterio lo acompañaba con una nota de discreta poesía que con frecuencia dotaba de una categoría especial lo que pudo haber sido un desabrido modo de opinar. Explicase a Sarmiento, al inca Garcilaso, a Delmira Agustini, a Darío o a Vallejo, surgía con frecuencia la imagen artística, el giro de gracia que elevaba a una categoría estética la sustanciosa valoración del texto. Eso sí, aquella nota de poesía que animaba su palabra no se apartaba jamás del rigor de la exposición y la medida y la dignidad que eran el distintivo de su magisterio. Ese equilibrio de erudición y arte, tan presente en el estilo y la sustancia de su página escrita, se

daba en feliz armonía en su lección en el aula. Ocasionalmente, de forma contenida, asomaba en la lección un rasgo de su persona íntima que era una vivencia capital en su espíritu: su fe en un Cristo sereno y compasivo. Nunca, que yo recuerde, esto intervino abiertamente en su cátedra, y sólo los que nos honramos con su amistad, advertimos las hondas raíces de su fe religiosa que la llevó a ejercer un largo y muy activo ministerio cristiano.

Hace unos años, en una especie de foro en que se rendía homenaje a Concha Meléndez, se me solicitaron unas palabras, lo más cercanas que fuese posible, para definir el magisterio de esta educadora. Se me ocurrieron cuatro sustantivos que a manera de diseño y síntesis, hoy traigo a referencia para recapitular. Esas palabras que vinculo al magisterio suyo son: *sistema*, *hondura*, *discernimiento* y *poesía*. Preciso muy brevemente.

La palabra *sistema* me remite a una de las virtudes de la maestra: perfecto orden, absoluta claridad de exposición, capacidad para atender a lo sustancial, lección pensada, nunca improvisada, nunca desgajada del conducto vital del curso. La palabra *hondura*, desde luego, la refiero a la mirada penetrante, la fina, aguda e inteligente mirada al texto, a su percepción colmada de rigor y lucidez. *Discernimiento* es una palabra que me parece colindar con sabiduría y con el buen juicio a la hora de valorar. "Distinguir inteligentemente" dirá más o menos el diccionario, y en esto la maestra fue ejemplar. La cuarta palabra, *poesía*, tiene mucho que ver con la "calidad lírica" que señala Josefina Rivera Álvarez al comentar la lengua de quien ella llama la "ilustre maestra". Ya hemos hablado del destello poético que siempre acompasó su palabra para escribir y su palabra para enseñar.

Y cierro este comentario sobre la maestra recordando y guardándome los elogios a Concha Meléndez que escuché de boca de mis profesores en la Universidad de Columbia y en la Universidad Complutense de Madrid. El aplauso a su prestigio me motivó el más descomunal orgullo puertorriqueño que imaginarse pueda. Sólo aspiro a que rescatemos de la furia arrasadora del olvido —a la que hice referencia antes— el respeto y la conciencia de la magnitud de su obra y su aportación a esta Universidad que cumple su centenario. No se podrá decir la historia de nuestra vida universitaria sin reservar para Concha Meléndez un prominente espacio para honrarla. Ni se completará el recuento de nuestros haberes nacionales sin designarle un ámbito de reconocimiento permanente.

Mariano Feliciano Fabre
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras